

WALKER, Charles F. *Shaky Colonialism: The 1746 Earthquake-Tsunami in Lima, Peru, and Its Long Aftermath*. Durham: Duke University Press, 2008, 260 pp.

Luego de la publicación del estudio pionero de Richard E. Boyer sobre las inundaciones de la Ciudad de México ocurridas entre 1629 y 1638 (1975), numerosos trabajos han tomado los desastres naturales como verdaderos laboratorios sociales para estudiar las tensiones, alianzas y circunstancias que permanecían ocultas antes de las catástrofes. Esta tendencia a analizar los desastres desde una perspectiva social alcanzó altos niveles de sofisticación en los años noventa con la formación del grupo interamericano conocido como La Red (Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres de América Latina), el cual promovió activamente el estudio histórico de las instituciones y estrategias utilizadas en el pasado para la prevención, atención y recuperación de desastres naturales. Dicha agenda ha sido recogida particularmente en los trabajos y volúmenes editados por Andrew Maskrey, Virginia García Acosta y América Molina del Villar. De esta literatura destacan dos preocupaciones centrales: el estudio de las percepciones sociales del riesgo y las causas de los desastres a través de la historia; y el examen de las tensiones generadas por los distintos proyectos de reconstrucción, así como el análisis de su impacto en la relación entre gobernantes y gobernados. Aunque Charles Walker no cita gran parte de estos trabajos, su libro sobre el terremoto-tsunami que asoló Lima y El Callao en 1746 se inscribe claramente en esta corriente historiográfica.

Es difícil exagerar la magnitud de los acontecimientos del 28 de octubre de 1746. Ese día, alrededor de las 10:30 de la noche, la ciudad de Lima se vio sacudida por un terremoto de aproximadamente 8.6 grados en la escala de Richter, con una duración de tres a seis minutos. Instantes después, el mar comenzó a retirarse para luego embestir el puerto del Callao con dos gigantescas olas, la mayor de las cuales alcanzó casi veinticinco metros de altura, originando una inundación de cinco kilómetros. El impacto de ambos eventos fue brutal. La Ciudad de los Reyes había registrado al menos catorce grandes terremotos desde su

fundación 211 años atrás, pero la magnitud del nuevo sismo carecía de paralelo: iglesias, monasterios, hospitales y conventos se vinieron abajo, reduciendo gran parte de la ciudad a escombros; entretanto, la falta de agua y alimentos, el elevado número de epidemias, robos y saqueos, y la inevitable escasez de albergues elevaron el número de muertos a casi 1200 en una población total de sesenta mil individuos. El Callao tuvo peor suerte: solo 200 de sus seis mil habitantes sobrevivieron.

Al igual que la mayoría de los limeños, el virrey José Antonio Manso de Velasco estaba convencido de que el terremoto-tsunami era una muestra de la ira divina hacia el lujo, la ostentación y el desorden de los habitantes. Miembros del clero y visionarias populares auguraban la destrucción de la ciudad después del desastre, a menos que sus residentes modificasen sus relajadas costumbres y, en el caso de las mujeres, renunciasen a la vanidad y los vestidos lujosos. Inspirado en el doble propósito de aplacar la ira divina y poner en práctica los ideales borbónicos de orden, moderación y eficiencia, Manso de Velasco inició un ambicioso programa de reconstrucción con el apoyo del marqués de Ensenada —desde Madrid— y el cabildo limeño, y con la asesoría del astrónomo, matemático y arquitecto Louis Godin. En un informe presentado sólo dos semanas después del desastre, Godin recomendó mejoras tales como ampliar las calles, limitar la altura de los edificios y reemplazar las estructuras de piedra con madera y caña (quincha). Como lo demuestra Walker, los miembros de las clases pudientes veían a las edificaciones de dos pisos como un signo de esplendor y respetabilidad, de ahí que se enfrascasen en una tenaz lucha legal en contra de los proyectos borbónicos de demolición. Sus esfuerzos fueron coronados con el éxito. Sin embargo, los edificios bajos serían cada vez más comunes a partir de 1746.

Los planes virreinales de reconstrucción también afectaron los intereses de la Iglesia. Tras examinar 277 contratos habitacionales de 1746 a 1753, Walker ha encontrado que conventos y monasterios poseían el 38% de la propiedad urbana. Sin embargo, si se añaden hospitales, capellanías, cofradías y escuelas, la cantidad se acercaba al 75%. Como fuente principal de crédito, la Iglesia ofrecía préstamos a interés del 5% con garantía hipotecaria (censos). Luego del terremoto, muchos

deudores se negaron a pagar los principales e intereses alegando que sus propiedades eran inservibles y no podían cumplir sus obligaciones. En medio de numerosas disputas legales, el virrey redujo la tasa de interés de los censos al 2% para los redimibles y al 1% para los no redimibles. La Iglesia protestó enérgicamente, y Manso de Velasco decidió entonces incrementar los porcentajes a tres y dos, respectivamente. La Iglesia también combatió exitosamente los esfuerzos del virrey de reducir el número de monasterios y otras instituciones religiosas, así como el de sacerdotes. Para 1770 o 1780, casi todos los conventos, beaterios, monasterios y parroquias habían sido reedificados.

El terremoto generó tensiones no solo entre el virrey y las clases pudientes, sino también entre las autoridades y los sectores más desfavorecidos. Miembros de los grupos oprimidos aprovecharon la confusión causada por el sismo para robar e incluso conspirar contra los españoles, como fue el caso de la conjura indígena de El Cercado descubierta a mediados de 1750. Varios de los dirigentes de dicha conspiración participarían también en la rebelión de Huarochirí, ocurrida de julio a diciembre del mismo año. Las autoridades temían con razón que ambos movimientos estuviesen vinculados con el mesianismo incaico que alimentaba la rebelión de Juan Santos Atahualpa. Así, luego de aplastar la rebelión de Huarochirí, el virrey prohibió los desfiles y las representaciones de las dinastías de los incas. Como ha sido señalado por otros autores, los alzamientos tuvieron sus raíces en el excesivo incremento de los tributos y demandas laborales, y el declive de la autoridad y privilegios de los curacas. Walker muestra, sin embargo, que la exclusión de los indígenas de las órdenes religiosas generó también enorme resentimiento entre los rebeldes. Esta situación no cambiaría sino hasta 1766, cuando Carlos III decretó el acceso de los nativos a las órdenes mendicantes y las escuelas religiosas.

Las ambivalencias y tensiones sociales generadas por el terremoto y los esfuerzos de reconstrucción de la ciudad han sido analizados en años recientes por Anthony Oliver-Smith (1997), Susana Aldana Rivera (1997), Francisco Quiroz Chueca (1999), Susy M. Sánchez Rodríguez (2005) y Pablo E. Pérez-Mallaína (2001 y 2005). Estos estudios han abordado aspectos tan disímiles como la desigualdad social y el desarrollo urbano

en Lima, la corrupción en El Callao, el miedo a la rebelión de las clases populares y la crisis de la sociedad limeña. Sin embargo, el libro de Walker se destaca por su exhaustividad. Basado en el estudio de crónicas, relatos de viajeros, sermones, documentos inquisitoriales y notariales, entre otras fuentes, el autor nos brinda tanto una radiografía de la sociedad limeña como un análisis del verdadero impacto de los ideales reformistas borbónicos en la reconstrucción de la ciudad y el orden social. Al igual que otros historiadores, Walker se refiere al reformismo urbano del virrey Manso de Velasco como absolutista. No obstante, las connotaciones despoticas y autoritarias de este adjetivo no deben hacernos olvidar, como lo muestra el propio autor, que el intervencionismo borbónico y los ideales ilustrados de orden y eficiencia fueron temperados en la práctica por las relaciones de fuerza entre gobernantes y gobernados.

JAVIER VILLA FLORES

*University of Illinois at Chicago*